



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
RICARDO COVARRUBIAS

LA SAN FELICE

CAPÍTULO PRIMERO

Nicola Addone

Hemos dicho que Championnet había enviado á Salvato á Salerno con el objeto de organizar y dirigir una columna sobre Potenza, en cuyo punto se temía que estallase una reacción y que ocurriesen las terribles desgracias que siempre la acompañan en un país medio salvaje, donde las guerras civiles sirven de pretexto á venganzas particulares.

Aunque los acontecimientos de Potenza pertenecen á la historia general del 99 más bien que al relato que hemos emprendido, les consagraremos un capítulo, aunque no sea más que por la grandeza épica de la catástrofe, y por la nefasta influencia que el viaje de Miguel y la revelación del complot

UNIVERSIDAD DE BONEVO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1910-1925 MONTERREY, MEXICO

Backer ejercieron en el destino de la heroína de nuestra historia.

Cuando el general Championnet volvió de la tertulia de la duquesa Fusco, encontró en el palacio Angri á un rico propietario de la Basilicata, llamado Niccola Addone.

Don Niccola Addone, según en el país le llamaban, por un resto de costumbres españolas, vivía en Potenza y era íntimo amigo del obispo monseñor Serrao, de origen calabrés, y hombre que tenía en el episcopado gran reputación de ciencia y de virtud.

Dotado de un espíritu recto y justo y de un alma generosa, había saludado á la libertad, y propagado el movimiento liberal y la doctrina regeneradora.

Pero el azul de aquel hermoso cielo republicano, empezaba ya á obscurecerse. En todas partes se organizaban partidas de sanfedistas: el pretexto era la adhesión á los Borbones; el fin, el pillaje y el asesinato. Monseñor Serrao, que había comprometido á sus conciudadanos con su ejemplo y con sus consejos, resolvió hacer lo posible por defenderlos.

Entonces se le ocurrió la idea de hacer venir de Calabria, su país natal, una partida de esos hombres de armas llamados *campieri*, restos de aquellas

bandas de la Edad media que, en la época del feudalismo, estaban á sueldo de los odios y de las ambiciones baroniales.

Por desgracia, poco tiempo antes que llegaran los calabreses, monseñor Serrao había censurado la conducta de uno de esos malos sacerdotes que tanto abundan en las provincias meridionales. Aquel sacerdote se llamaba Angelo Felice Vinciguerra, y era natural de la misma aldea que uno de los dos jefes de los *campieri*, nombrado Falsetta.

El segundo jefe se llamaba Capriglione.

El sacerdote había sido amigo de infancia de Falsetta, y se apresuró á renovar la antigua amistad que los unía.

Entonces le insinuó que el sueldo que le daba monseñor Serrao, por crecido que fuese, no podía compararse con lo que le producirían las contribuciones y el pillaje, si él y Capriglione, en lugar de mantener el orden, se hiciesen jefes de banda y se apoderasen de la ciudad.

Seducido por los consejos de Vinciguerra, Falsetta comunicó la proposición á Capriglione, el cual la aceptó sin ningún reparo.

En cuanto á los *campieri*, inútil es decir que eran materia dispuesta para todo y que no vacilaron en seguir á sus jefes.

Una mañana, se abrió la puerta de la alcoba de monseñor Serrao, el cual se hallaba todavía en cama y apareciendo Capriglione bajo el dintel, armado de su escopeta, dijo al obispo, sin andarse con más preámbulos:

—Monseñor, el pueblo quiere vuestra muerte.

El obispo levantó la mano en ademán de bendecir, y respondió:

—Yo bendigo al pueblo.

Sin darle tiempo de añadir ni una sílaba más á estas evangélicas palabras, el bandido se echó á la cara la escopeta y disparó contra el prelado.

Éste, que se había incorporado en la cama para bendecir á su asesino, cayó muerto, con el pecho atravesado de un balazo.

Al ruido de la detonación acudió el vicario de monseñor Serrao, y, como manifestase al infame bandido su indignación por el horrible crimen que acababa de cometer, Capriglione le mató de una puñalada.

Á este doble asesinato, siguió casi inmediatamente la muerte de los hermanos Liani, ricos y distinguidos propietarios de la ciudad.

El rumor de que el asesinato del obispo se había cometido á instigación del indigno sacerdote, quedó plenamente confirmado cuando al día siguiente se

vió al susodicho Vinciguerra unirse á la banda de Capriglione, y contribuir con ella á transformar á Potenza en una charca de sangre.

Entonces, liberales, patriotas, republicanos, todos los que habían entrado en el círculo de las nuevas ideas, se sintieron sobrecogidos de un profundo terror, terror que se aumentó con la noticia que empezó á circular por el pueblo: decíase que el día en que se celebrase la fiesta de la Sangre-del-Cristo, esto es, el jueves después de Pascua, los bandidos, completamente dueños de la ciudad, pensaban asesinar durante la procesión, no sólo á todos los patriotas, sino también á todos los ricos.

Siendo esto así, el que más riesgo corría, como capitalista y liberal, era aquel mismo Niccola Addone, amigo de monseñor Serrao. Hombre valiente y resuelto, Niccola se concertó con su hermano Basilio, tan resuelto y valiente como él, y ambos decidieron purgar la ciudad de aquella horda de miserables asesinos.

Comunicaron su proyecto á siete ú ocho de sus mejores y más audaces amigos, y reunidos en casa de Niccola Addone, cerraron puertas y ventanas, y se pusieron á deliberar sobre la manera de acabar de un solo golpe con Capriglione, con Falsetta y con toda su banda, desde el primero hasta el último.

Para conseguir el objeto que se proponían era preciso que se introdujesen armados, la mitad de ellos en casa de Addone, y la otra en la casa contigua.

En cuanto á la ocasión, los mismos bandidos se la facilitaron á los patriotas, como si obrasen de concierto con ellos.

Impusieron á la ciudad una contribución de tres mil ducados, dejando á los vecinos el cuidado de arreglar la manera como había de ser pagada, con tal que lo fuese en el improrrogable término de tres días.

La contribución se hizo efectiva, y su importe fué depositado públicamente en casa de Niccola Addone.

Un hombre del pueblo llamado Gaetano Scoletta, zapatero de oficio y conocido con el mote de *Sarcetta*, se encargó de llevar á domicilio, á cada uno de los *campieri*, la invitación de ir á cobrar á casa de Addone la parte que le correspondía.

Diéronseles cita á horas diferentes, á fin de que la compañía no acudiese en masa, cosa que hubiera hecho muy difícil la realización del atrevido proyecto.

El día señalado para el cobre, Niccola Addone apostó en una especie de gabinete que servía de

antecámara al cuarto de que había hablado Sarcetta, á dos vigorosos arrieros de su servicio, llamados Loreto y Sarraceno.

Aquellos dos hombres, provistos de una hacha cada uno, é inmóviles como dos estatuas, estaban ocultos á derecha é izquierda de una puerta muy baja, por la cual no se podía pasar sin inclinar la cabeza.

Los primeros bandidos comparecieron uno á uno y fueron introducidos inmediatamente. Después de atravesar un largo corredor, llegaron al cuarto en que se hallaban Loreto y Sarraceno, quienes, de un solo hachazo, los abatían conforme iban entrando con la misma precisión y prontitud que un carnicero abate los bueyes.

Tan pronto como caía un bandido, otros dos criados de Niccola, llamados Piscione y Musano, cogían el cadáver y le precipitaban á la cuadra por una trampa.

El jefe Capriglione llegó á su vez. Basilio Addone, el hermano de Niccola, siguió tras él como para indicarle las vueltas de la casa; pero en medio del corredor, el bandido, inquieto y receloso, tuvo sin duda un presentimiento y quiso volver atrás. Entonces Basilio, sin insistir porque siguiera adelante, sin hacerle ninguna objeción, aprovechó el

momento en que se volvía y le enterró hasta el mango su puñal en el pecho. Capriglione cayó sin lanzar un ay.

En cuanto á Falsetta, había sido uno de los primeros en llegar á la puerta fatal, y, por consiguiente, en bajar por la trampa á la cuadra, con la cabeza hendida.

Diez y seis bandidos, contando sus dos jefes, habían sido ya muertos y arrojados por el fúnebre escotillón, cuando los otros, viendo que sus compañeros entraban y no salían, se formaron en grupo, y guiados por Gennarino, el hijo de Falsetta, fueron á llamar á la puerta de Addone.

Pero no tuvieron tiempo de acercarse. Aun les faltaban quince pasos para llegar, cuando Basilio Addone, que estaba de centinela en una ventana, apuntó á Gennarino y le rompió la frente de un balazo.

Aquel tiro fué la señal de un horrible combate. Comprendiendo los conjurados que había llegado el momento supremo de jugar el todo por el todo, se lanzaron á la calle á pecho descubierto y atacaron á los bandidos con tal furia, que ni uno siquiera escapó de la matanza.

Treinta y dos cadáveres quedaron tendidos en el suelo. Durante la noche, aquellos treinta y dos cadáveres fueron puestos en hilera sobre la plaza del

Mercado, para que al amanecer el siguiente día pudiera toda la población contemplar el sangriento espectáculo.

Niccola Addone salió seguida para Nápoles á referir á Championnet lo que había ocurrido, y á pedirle que enviase á Potenza una columna á fin de mantener el orden é impedir la reacción.

Después de escuchar el relato de Niccola, Championnet reconoció en efecto la urgencia de mandar refuerzos, y según ya hemos visto, ordenó á Salvato que organizase en Salerno la referida columna, cuyo mando confió á su edecán Villeneuve.

CAPÍTULO II

El buitre y el chacal

Á su regreso de Salerno, Salvato encontró en el despacho del general Championnet, al cual llevaba la noticia del desembarque del cardenal Ruffo en Calabria, á dos personajes que le eran completamente desconocidos, entre los cuales no parecía hallarse muy á gusto el general, á juzgar por su fruncido entrecejo y por el desdeñoso movimiento de su labio inferior.

Uno de aquellos personajes vestía el uniforme de los grandes funcionarios civiles, esto es, casaca azul sin charreteras y sin bordados, faja tricolor, calzón blanco, botas vueltas y sable á la cintura; el otro ostentaba el uniforme de ayudante mayor.

El primero era el ciudadano Faypoult, jefe de una comisión civil enviada á Nápoles á cobrar el importe de las contribuciones y á apoderarse de lo que los romanos llamaban « los despojos ópimos ».

El segundo era el ciudadano Víctor Mejean, á quien el Directorio acababa de nombrar para la vacante dejada por el ascenso de Thiebaut, despreciando las recomendaciones que había hecho el general á fin de que el nombramiento recayese en su ayudante Villeneuve, que á la sazón se ocupaba en proteger á los patriotas de Potenza.

El ciudadano Faypoult era un hombre de cuarenta y cinco años, alto, enjuto y cargado de espaldas, como lo son ordinariamente las personas dedicadas desde su juventud á los trabajos de contabilidad; tenía la nariz y los ojos de ave de rapiña, los labios delgados, la frente estrecha, la cabeza abultada en su parte posterior, la barba saliente, los cabellos cortos y los dedos aplastados en su extremidad.

El ciudadano Mejean representaba treinta y dos años: las arrugas verticales que plegaban su frente, partiendo del nacimiento de la nariz, indicaban el hombre caviloso y asequible á los malos pensamientos; su mirada, que á veces iluminaba un reflejo de envidia, de odio ó de cólera, era de ordinario apagada y sin expresión, gracias al continuo esfuerzo de su voluntad. El uniforme parecía embarrasar sus movimientos, cosa que se explica perfectamente por su falta de costumbre en llevarle :

Mejean había encontrado una mañana sus charreteras de ayudante mayor bajo la almohada de una de las numerosas queridas de Barras, el cual se había visto obligado á despedirle de sus oficinas por cierta irregularidad hallada en sus cuentas y á enviarle al ejército, no como á un leal servidor cuyos méritos se premian, sino como á un empleado infiel á quien se castiga con el destierro.

Al conocer que una mano amiga, por decirlo así, abría la puerta de su gabinete, Championnet volvió la cabeza, y apercibiendo la fisonomía franca y severa de Salvato, su rostro abandonó la desdeñosa expresión que le iluminaba para adoptar la de la ironía.

— Mi querido Salvato, le dijo, tengo el honor de presentaros al señor coronel Mejean que viene á reemplazar á nuestro bravo Thiebaut, á quien, según sabéis, nombré ayudante general sobre el campo de batalla. Había pedido ese puesto para nuestro amigo Villeneuve; pero los señores directores no le han juzgado digno de ocuparle. Sin duda tenían particulares servicios que recompensar en este caballero, y le han dado la preferencia. Ya encontraremos para Villeneuve otra cosa mejor. Ciudadano Mejean, he aquí vuestro despacho: ni puedo ni quiero oponerme á las deci-

siones del Directorio, sobre todo, cuando ellas no comprometen el interés del ejército de mi mando ni el interés de la Francia. Id, caballero, id á ocupar vuestro puesto.

El coronel Mejean frunció el entrecejo, según tenía de costumbre, palideció ligeramente, hizo un saludo y salió de la habitación sin responder una palabra.

El general esperó á que la puerta se cerrase detrás del mayor, hizo á Palmieri un signo imperceptible que sólo comprendió el joven brigadier, y volviéndose hacia el otro enviado del Directorio:

— Y ahora, querido, Salvato, continuó, os presento al señor Juan Bautista Faypoult, jefe de comisión civil, que ha tenido la abnegación de aceptar un penoso y nada fácil cometido, sobre todo, tratándose de este país; viene á recaudar las contribuciones, y además, á vigilarme de cerca para que no me transforme ni en César ni Cromwell. Según las muestras que este caballero ha empezado á darme, creo que no permaneceremos mucho tiempo de acuerdo. Si no nos malquistamos completamente, — y cuenta que ya hemos principiado á no entendernos, — será preciso que uno de los dos abandone á Nápoles. (Salvato hizo un movimiento.) Tranquilizaos, querido Palmieri; el que

abandone á Nápoles, á menos de órdenes superiores, no seré yo. Entretanto, añadió Championnet dirigiéndose á Faypoult, tened la bondad de dejarme las instrucciones de los directores. Las estudiaré con calma, y os ayudaré á ejecutar aquellas que me parezcan justas; pero os prevengo que me opondré con todas mis fuerzas á la ejecución de las que lleven el sello de la injusticia. ¿Creféis, ciudadano, continuó Championnet cogiendo las instrucciones del jefe de la comisión civil, que sea demasiado exigente si os pido para estudiarlas un plazo de cuarenta y ocho horas?

— No soy yo, respondió el ciudadano Juan Bautista Faypoult, quien debe limitar al general Championnet el tiempo que haya de invertir en ese estudio; sin embargo, me permitiré decirle que el Directorio tiene prisa, y que será muy conveniente que cuanto antes me permita cumplir con las intenciones de mi gobierno.

— Entonces, es cosa convenida. Un retardo de cuarenta y ocho horas no pondrá en peligro vuestra reputación de hombre hábil, ni comprometerá la salvación del Estado; á lo menos, así lo espero.

— ¿En ese caso?...

— Venid pasado mañana á la misma hora, si no

lo lleváis á mal, ciudadano comisario, y aquí me encontraréis con vuestras instrucciones sobre la mesa.

Faypoult hizo un saludo y salió del gabinete; pero no humilde y silencioso como Mejean, sino altivo y amenazador como *Tartuffe* cuando significa á *Orgón* que su casa le pertenece.

Championnet se encogió de hombros, y dijo á Palmieri, así que desapareció Faypoult :

— Apenas hace un momento que os habéis seperado de mí, querido Salvato, y á vuestro regreso me encontráis entre dos animales á cual más asquerosos, entre un buitre y un chacal.

— Ya sabéis, mi general, respondió Salvato sonriendo, que no tenéis más que decirme un palabra para que á entrambos los meta bajo los pies.

— Quedaos conmigo, á fin de que visitemos juntos los establos de Augías. Mucho me temo que no consigamos limpiarlos, ni aun haciendo pasar por ellos el río Alfeo; pero quizás impediremos que se nos llenen completamente de alimañas.

— Con mil amores, general; ya sabéis que estoy siempre á vuestras órdenes. Pero antes, voy á comunicaros dos noticias de la mayor importancia.

— Si ellas me anuncian que algún venturoso

motivo os colma de felicidad, cosa que no me admiraría, porque tenéis el rostro radiante, desde luego os aseguro que me alegraré en el alma.

Salvato estrechó la mano de Championnet.

— No os engañáis, soy en efecto el hombre más feliz del mundo; pero las dos noticias que voy á anunciaros son políticas y nada tienen que ver con mi ventura. Su Eminencia el cardenal Ruffo ha pasado el estrecho y desembarcado en Catona. Además, el duque de Calabria ha costeado la beta, y mientras que Ruffo desembarcaba en la garganta del pie, S. A. saltaba en tierra en el talón, esto es, en Brindis.

— ¡Diablo! exclamó Championnet, no os faltaba razón en llamar graves á esas noticias, querido Salvato. ¿Las creéis fundadas?

— No me es posible dudar de la primera, porque se la debo al almirante Caracciolo, el cual desembarcó esta mañana en Salerno, procedente de Catona, en cuyo punto vió al cardenal Ruffo con tres ó cuatrocientos hombres; en el balcón de su casa ondeaba la bandera real, y el prelado se hallaba en vísperas de salir para Palmi ó para Mileto, donde según parece ha dado cita á sus reclutas. En cuanto á la segunda, también la he sabido por conducto del almirante; pero lejos de

afirmarla, duda como yo que el príncipe Francisco sea capaz de semejante acto de energía. De todos modos, lo que hay de cierto es, que la Calabria ulterior y toda la Tierra de Otranto están hechas un volcán, sea quien fuere el que atiza el incendio.

En aquel instante, el plantón entró á anunciar al ministro de la guerra.

— ¡Hacedle entrar inmediatamente! exclamó Championnet.

Gabriel Manthonnet apareció en el umbral.

Pocos días antes el ilustre patriota había tenido una disputa bastante acalorada con el general en jefe, á causa de los diez millones estipulados en la tregua de Sparanisi, los cuales aun no se habían satisfecho; pero ante las graves noticias que por su parte acababa de recibir el ministro de la guerra, depuso todo resentimiento y corrió en busca de Championnet para consultarle como á un superior militar, como á un maestro en política, y en caso necesario, para pedirle órdenes.

— ¡Llegad, llegad pronto! le dijo Championnet tendiéndole la mano con su lealtad y franqueza ordinarias. Me alegro infinito de que hayáis venido, porque iba á mandar á buscaros.

— ¿Sabéis lo que pasa?

— Sí; ¿no os referís al doble desembarqué en

Calabria y en la Tierra de Otranto del cardenal Ruffo y del príncipe Francisco?

— Justamente, esa es la noticia que me trae aquí, general. El almirante Caracciolo, á quien se la he oído, acaba de llegar de Salerno y me ha dicho que allí se la había comunicado también al ciudadano Salvato.

Palmieri se inclinó.

— Y el ciudadano Salvato, dijo Championnet, me la ha referido ya punto por punto. Ahora, tratemos de enviar prontamente algunos hombres seguros al encuentro de la insurrección, á fin de encerrarla en la Calabria ulterior y en la Tierra de Otranto. Voy á ordenar á Duhesme que salga para la Pulla con seis mil franceses. ¿Queréis asociarle uno de vuestros generales y un cuerpo napolitano?

— Héctor Caraffa con mil hombres, si no tenéis inconveniente en ello, general. Sólo que os prevengo una cosa.

— ¿Y es?

— Que Héctor Caraffa querrá marchar á la vanguardia.

— ¡ Tanto mejor ! respondió Championnet. Duhesme preferirá apoyar á los napolitanos más bien que ser apoyado por ellos. Conque tenemos lista nuestra expedición para la Pulla.

— ¿ No habéis mandado una columna á la Basilicata ?

— Sí ; Villeneuve está en Potenza con seiscientos hombres. Pero os confieso francamente que no tengo muchas ganas de ver á mis franceses batiéndose con un cardenal. Conque, si podéis, enviad napolitanos y calabreses ; éstos, además del valor, tienen en su abono el odio que unos á otros se profesan.

— Creo que tengo vuestro hombre, general, ó mejor dicho, el nuestro.

— ¿ Quién es ?

— Schipani.

— He hablado dos veces con él, y me parece animoso y decidido patriota ; pero algo inexperto.

— Es verdad ; mas en tiempos de revolución se improvisan los generales. Pondremos á las órdenes de Schipani mil doscientos napolitanos y le daremos el encargo de recoger y organizar los patriotas que huyan ante los bandidos del cardenal Ruffo... El objeto de Caraffa será vencer y el de Schipani resistir. Pero es menester, general, que recomendéis á Duhesme (si recomendación necesita) que nos reconquiste lo más pronto posible nuestro rico granero de la Pulla, que los ingleses, por mar, y los realistas, por tierra, tienen incomunicado,

impidiendo que nos envíe sus trigos y harinas. ¿Cuándo podremos contar con Duhesme y con sus seis mil hombres, general?

— ¡Mañana, esta noche, hoy mismo!... Porque, según vos decís, creo que cuanto antes será mejor. En cuanto á los Abruzzos, no os inquietéis; se hallan contenidos por los puestos franceses. Salvato, dijo Championnet, hacedme el obsequio de decirle á Duhesme de mi parte que vaya á ponerse de acuerdo con el conde de Ruvo y que esté listo para marchar esta noche. Añadidle que espero que no marchará sin darme á conocer su plan de campaña y sin venir á recibir, no mis órdenes, sino mis consejos.

— Pues en ese caso, dijo Manthonnet, voy á avisar á Héctor para que vaya á verle.

— ¡Una palabra, Manthonnet!

— Decid, general.

— ¿Sois de opinión que se reserven estas noticias ó que se les dé publicidad?

— Mi parecer es que debemos decirselo todo al pueblo. El gobierno que acabamos de derrocar era el de la astucia y el de la mentira; es menester que el nuestro sea el de la verdad y el de la rectitud.

— Vuestra opinión podrá ser la de un mal político, pero de seguro es la de un honrado y leal

ciudadano. Obrad como os parezca, amigo mío.

Y tendiendo una mano á Salvato y otra á Manthonnet, los siguió con la vista hasta que desaparecieron por la puerta del gabinete. Entonces su rostro volvió á tomar la expresión del disgusto; abrió las instrucciones del emisario Faypoult, encogiéndose de hombros, se acomodó en una butaca y se puso á leerlas atentamente.

CAPÍTULO III

Águila y buitro

Lo que sublevaba á Championnet contra el ciudadano Faypoult y la misión que á éste había dado el Directorio, era que al tomar el mando del ejército de Roma vió el miserable estado á que se hallaba reducida la antigua capital del mundo, extenuada por las contribuciones de todos géneros. Había buscado las causas de aquella miseria y reconoció que debía atribuirse á los agentes Directores que bajo diferentes nombres se habían establecido en la ciudad Eterna; y que viviendo con un lujo insolente, dejaban al ejército francés sin pan, descalzo, desnudo y sin haber.

Championnet se apresuró á escribir al Directorio, diciéndole :

« Ciudadanos directores :

» Los recursos de la República romana están ya agotados por malvados que lo han devorado todo

y que velan para apoderarse de lo poco que resta. Estas sanguijuelas de la patria se ocultan bajo toda clase de formas; pero yo no consentiré que esos expoliadores, hasta ahora impunes, invadan los recursos del ejército; y haré desaparecer esas horribles arpías que devoran la tierra cuya conquista se debe á nuestros sacrificios. »

Después reunió sus tropas y les dijo :

« Bravos camaradas, conozco las necesidades que sentís: esperad algunos días y habrá concluído el reinado del despilfarro. Los vencedores de Europa no se verán expuestos á la triste baja de la miseria que humilla las frentes coronadas por la gloria »

Ó Championnet era muy imprudente, ó conocía mal á los hombres á quienes se dirigía. Perseguir á los culpables era lo mismo que atacar al Directorio; porque la comisión investida de extraordinarios poderes sólo á éste debía cuentas. Para dar una idea de lo que pasaba nos contentaremos con decir que el cajero perceptor de los impuestos, cobraba un derecho de tres céntimos por franco que entraba en la caja, de modo que, sobre 60 millones de contribución, aquel empleado se embolsaba un

millón ochocientos mil francos, mientras los generales que salvaban la República se contentaban con 10 ó 15 mil y eso cuando se los daban.

Lo que preocupaba más profundamente al Directorio, algunos de cuyos miembros ocuparon elevados cargos en el ejército, era el ascendiente que la aureola de la victoria podía dar á los generales. Una vez lanzado en la vía de la duda y del temor, el Directorio procuró que no se acumulasen en manos de los generales grandes sumas que podían convertirse en sus manos en medios de corrupción.

El Directorio, sin embargo, no había tomado todas las medidas necesarias. Aunque quitó á los generales en jefe la facultad de recibir y de administrar los fondos públicos, les dejó el derecho de fijar la suma de las contribuciones y la manera de cobrarlas.

Cuando Championnet estuvo seguro de que tenía este derecho, esperó tranquilamente al ciudadano Faypoult que, como ya sabemos, debía volver dos días después á la misma hora.

El ciudadano Faypoult, que había sabido hacer nombrar á su suegro cajero recaudador, no dejó de asistir á la cita y encontró á Championnet justamente en el mismo sitio en que lo había dejado,

como si no se hubiera movido de su sillón en cuarenta y ocho horas.

El general le saludó sin levantarse y le indicó con la mano un sillón que había frente al suyo.

— ¡Y bien, general! ¿qué tenemos? le preguntó el comisario sentándose.

— Tenemos, señor mío, que habéis llegado tarde.

— ¿Para cobrar los impuestos?

— No, para organizar las cosas bajo el mismo pie que en Roma. Sin embargo, aunque sea enorme, percibiréis vuestro derecho de tres céntimos por franco.

— Confesad, general, que lo cobraré porque no podéis impedírmelo.

— Es verdad; si estuviera en mi mano, no cobraríais ni un céntimo. Vuestro trabajo se reducirá á la recaudación, verdadera ganga que meterá en vuestro bolsillo cerca de dos millones.

— ¿Cómo es eso, general? ¿Las contribuciones que el gobierno francés cobrará en el reino de Nápoles no excederán de sesenta millones?

— Serán sesenta y cinco.

— No lo comprendo.

— ¿No lo comprendéis? pues es bien sencillo. Puesto que en la nobleza y en la clase media de Nápoles en lugar de enemigos encuentro aliados,

renuncio al derecho de conquista y me contento con sesenta y cinco millones para atender á las necesidades del ejército libertador. Yo no he arrojado al rey de Nápoles para costar á Nápoles más caro que su rey, y no he roto las cadenas de los napolitanos para convertirlos en esclavos de la república francesa. Sólo un bárbaro, señor comisario, un Atila ó un Genserico, se atrevería á deshonar una conquista de principios como la nuestra, arrebatando á mano armada sus bienes á un pueblo á quien hemos prometido libertad y bienestar.

— Mucho dudo que el Directorio acepte esas condiciones.

— Preciso será que las acepte, dijo Championnet con altanería, pues no sólo he estado en mi derecho al hacerlas, sino que el gobierno napolitano las ha aceptado. Por lo demás, os dejo toda clase de inspección, señor comisario, y si podéis cogermé en falta os autorizo con la mejor voluntad del mundo.

— Permitidme, general, que os diga que habláis como si no conociéseis las instrucciones del gobierno.

— Sí, las conozco, y sois vos, señor, quien las ignoráis. ¿ No están fechadas en 5 de Febrero?

— Sí.

— Mi tratado con el gobierno napolitano es de 1.º. Vuestras intrucciones no pueden tener efecto retroactivo.

— ¿ Os negáis, pues, á reconocerlas?

— No, al contrario, las reconozco como arbitrarias, anti-generosas, anti-republicanas, anti-fraternales, anti-francesas, y les opongo mi tratado.

— Vamos, general, dijo el comisario civil, creedme, en vez de hacernos la guerra como dos tontos, entendámonos como dos hombres de talento que somos. Nápoles es un país nuevo, y hay que ganar muchos millones en él.

— Eso está bueno para los ladrones, señor mío. Pero, mientras me halle en Nápoles, los ladrones no tendrán que hacer aquí nada. Pensad bien mis palabras, señor comisario civil, y creedme : partid lo más pronto posible con vuestro séquito para Roma. Habéis olvidado algunos colgajos de carne en los huesos de ese esqueleto que fué pueblo romano; id á roerlos pronto, pues de lo contrario, los cuervos no dejarán nada á los buitres.

Y levantándose Championnet mostró la puerta con ademán de desprecio al comisario civil.

— Está bien, dijo éste; queréis la guerra, general, la tendréis.

— Sea, respondió Championnet, la guerra es mi

oficio. Pero lo que no es mi oficio es especular con el bien de los otros, y mi deber me impone la obligación de proteger á los habitantes de Nápoles que son hermanos de los de París, sin obligarles á que se gobiernen según mi voluntad, ni confiscar bienes de emigrados donde no ha emigrado nadie, ni apoderarme del dinero depositado en los bancos por los particulares, ni profanar el sepulcro de Pompèya para arrancarle los tesoros que guarda desde hace dos mil años, cuando los mayores bárbaros no se atreven á profanar la tumba de un individuo. Estas son cosas que no pertenecen á mi oficio, y si pertenecen al vuestro, os prevengo que no lo ejerceréis mientras yo esté aquí. Y ahora que os he dicho todo lo que tenía que deciros, marchaos.

El mismo día, esperando lo que debía pasar entre él y el comisario civil, Championnet hizo imprimir y fijar en las esquinas su tratado con el gobierno napolitano, en el cual se estipulaba que la contribución anual que Nápoles debía pagar para atender á las necesidades del ejército francés, sería de sesenta y cinco millones de francos.

Al día siguiente, el general encontró cubiertos sus carteles por otros del comisario civil que decían que, en virtud del derecho de conquista, el Directorio declaraba patrimonio de la República francesa

los bienes de la corona de Nápoles, los palacios y residencias reales, las montes reales, las dotaciones de las órdenes de Malta y de Constantiniano, los bienes de los conventos, los bancos, las fábricas de porcelana, y como había dicho Championnet, hasta las antigüedades sepultadas bajo los arenales de Pompeya y la lava de Herculano.

El general pidió satisfacción al comisario civil, y como no se la diera, lo mandó arrestar y lo hizo conducir fuera del reino hasta el camino de Roma. Con esto fué Championnet querido y muy popular en todas las clases de la sociedad napolitana.

Championnet quería realizar en Nápoles los grandes bienes de la revolución francesa sin persecuciones ni sangre. En lugar de seguir el precepto de Saint-Just que quería abrir profundos surcos con el arado de la revolución, aspiraba á pasar sobre la sociedad el rastrillo de la civilización; así como Fourier ha querido después que concurriesen todas las aptitudes incluso las malas al bien social, Championnet quería que todo el mundo concurriese á la regeneración de Nápoles.

Tal era el sueño que Championnet quería realizar en Nápoles, cuando la realidad fué á sorprenderlo en el momento en que, dueño de Nápoles, para sofocar la insurrección de los Abruzzos, ponía en mo-

vimiento las columnas móviles organizadas en Roma por Saint-Suzanne, mandaba á Duhesme y á Caraffa contra el que creían ser el príncipe hereditario, Schipani, contra Ruffo, y cuando, preparándose á marchar sobre Regio, se disponía á conducir él mismo una fuerte columna á Sicilia.

El 1.º de Marzo recibió Championnet orden del Directorio para que se presentase en París.

Dueño de Nápoles, amado y respetado, aquel hombre á quien acusaban de ambición, se inclinó ante la orden, y como un romano de los tiempos heroicos, se dispuso á cumplirla.

— Parto contento, dijo á Salvato; he pagado á mis soldados los cinco meses de sueldos atrasados que les debían; he reemplazado sus destruidos uniformes por otros nuevos, á ninguno le faltan buenos zapatos y todos comen un pan que en su vida vieron otro tan bueno.

Salvato estrechó contra su corazón al general y le dijo :

— Sois un hombre de Plutarco.

— Y sin embargo, murmuró Championnet, tenía que hacer muchas cosas que no hará mi sucesor. Pero, ¿quién puede realizar todas sus ilusiones? Nadie.

Y exhalando un suspiro, continuó :

— Es la una y ya no me acostaré, para poder arreglar mis asuntos antes de partir. Guardadme el secreto é id á verme mañana á casa á las tres.

Al siguiente día, á las tres, Salvato estaba en el palacio de Angri. Ningún preparativo anunciaba la partida. Championnet trabajaba en su gabinete como de costumbre. Al ver entrar al joven, se levantó y le tendió la mano, diciéndole :

— Querido Salvato, os agradezco vuestra exactitud. Ahora si os parece daremos un paseito.

— ¿Á pie? le preguntó Salvato.

— Á pie, le respondió Championnet.

Al llegar á la puerta, el general se detuvo, dirigiendo la postrer mirada al gabinete en que habitaba hacía dos meses, y en el cual había decidido, decretado y ejecutado tan grandes cosas, dijo :

— Dicen que las paredes oyen, si hablan, intimo á éstas que lo hagan y que testifiquen si me han oído decir ni me han visto hacer nada que no fuese por el bien de la humanidad desde que abrí como general en jefe esta puerta que ahora cierro como acusado.

Y cerró la puerta y bajó la escalera con el semblante risueño y apoyado en el brazo de Salvato.

El general y su ayudante de campo fueron á pie hasta la Piazza reale, donde les esperaba un ca-

rruaje sin otra escolta que Scipión, que estaba sentado en el pescante.

— Llegó la hora de separarnos, querido Salvato, dijo el general; mi consuelo al tomar el mal camino, es pensar que os dejo en el bueno. ¿ Nos volveremos á ver? Lo dudo. En tal caso, no me olvidéis.

— ¡ Jamás, jamás! murmuró Salvato. ¿ Pero á qué vienen esos tristes presentimientos?

Championnet sacó del bolsillo un periódico y lo dió á su amigo.

Era el *Monitor*.

Salvato leyó en él las siguientes líneas :

« Atendiendo á que el general Championnet ha empleado la autoridad y la fuerza para impedir la acción del poder que hemos conferido al comisario Faypoult y que por lo tanto se ha puesto en abierta rebelión contra el gobierno, el ciudadano Championnet, general de división, comandante del ejército de Nápoles, será arrestado y juzgado por un consejo de guerra. »

— Ya veis, querido amigo, continuó Championnet, que esto es más grave de lo que pensabais.

Salvato exhaló un suspiro y se encogió de hombros.

— Lo que puedo afirmar, general, dijo, es que si os condenan, habrá una ciudad cuya ingratitud hará olvidar la de Atenas, y esa ciudad sera París.

— ¡ Ay! dijo Championnet, si yo fuera Temístocles, me consolaría.

Y estrechando á Salvato contra su corazón se precipitó en el carruaje.

— ¿ Y os vais de esta manera, solo y sin escolta? le dijo Salvato.

— Á los acusados los ampara Dios, respondió Championnet.

Los dos amigos cambiaron el último adiós y el carruaje se puso en marcha.